

## PRESENTACIÓN

¿Cómo era el mundo antes de que Rodrigo de Triana avistara una luz en el oscuro horizonte de aquella larga noche de octubre y gritara *Tierra*? ¿Qué cambios sobrevinieron meses después, cuando los puertos europeos recibieron las naves que, con el favor de los vientos alisios, regresaban de su odisea por el Atlántico, cargados de narigueras y pepitas de oro, aves exóticas, hamacas, nativos e historias provenientes de un Nuevo Mundo? Siendo que el cambio más radical en la historia del mundo se produjo a partir del momento en que Cristóbal Colón arribara a las costas de la isla que habría de bautizar con el nombre de San Salvador, ¿cómo no pretender buscar las raíces a una serie de problemas, realidades y dinámicas todavía existentes y mundialmente extendidas al mismo tiempo que se procura entender qué es el Caribe mediante el abordaje de su literatura? En cierta medida, es ese el horizonte de posibilidades que se despliega cada vez que se tiene la oportunidad de leer un libro como **Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar**, **The Star-Apple Kingdom** o **Comment faire l'amour avec un Nègre sans se fatiguer**. En menor o mayor medida, ha sido ese el desafío que han afrontado los autores de los artículos editados en el presente número de **Contexto**. Por esta razón, como editor invitado, me ha parecido que sería deshonesto y hasta insensato de mi parte hacer de esta presentación un simple saludo a la bandera; quiero ir más allá: me gustaría aprovechar la ocasión para ofrecer al público lector un texto que realmente sirva de introducción a este número monográfico dedicado al Caribe y, de manera muy especial, a Haití, la patria de los primeros caribeños. Así pues, en las siguientes páginas procuraré vislumbrar hasta qué punto la configuración de la cual ha sido objeto el Caribe es representativa de la dinámica que ha caracterizado al mundo tal y como lo conocemos desde 1492.

Conquistas, guerras—en cualquiera de sus variantes: tribales, “santas” o mercenarias—, exploraciones en busca de nuevas rutas comerciales, creación de nuevos mercados, luchas inmisericordes por el poder. En tres palabras: guerras, conflictos, intolerancia... A simple vista, la historia de la humanidad ha sido siempre la misma. Sin embargo, la mención de un período, un lugar, o una actividad específica y puntual podría ofrecernos una idea de cuánta distancia existe entre el mundo en el cual vivimos hoy en día y el que todavía podía llegar a ser antes de que los representantes de los reyes católicos arribaran a lo que habría de ser conocido como el continente americano. Nada más piénsese que, en el siglo XIII, la mezquita de Santa María la Blanca, ubicada en Toledo, era la sede en la cual se celebraban los cultos cristiano, moro y judío. ¿Cómo es posible que semejante manifestación de entendimiento y cooperación resulte hoy en día tan sorprendente, a pesar del atractivo y la distinción de la que gozan ciertos términos en boga como *multiculturalismo* o *intercultural* y de la connotación de rezago cultural u oscurantismo que invariablemente suele atribuírsele al Medioevo? ¿A partir de qué momento—y sobre cuáles principios, bases o fundamentos—semejantes posibilidades de coexistencia internacional llegaron a ser desplazadas por la intolerancia, la segregación y la discriminación, aspectos tan comunes como censurables en la experiencia universal moderna?

En su epístola al tesorero Sánchez del 11 de diciembre de 1492, Cristóbal Colón afirma lo siguiente: *todas estas islas viven con gran miedo de los de Caniba, y así torno a decir como otras veces dije, que Caniba no es otra cosa sino la gente del gran Can, que debe ser aquí muy vecino y terná navios y vernan a captivarlos y como no vuelven creen que se los han comido*. Probablemente esta epístola haya resultado decisiva en la consolidación de los arquetipos con los que a partir de entonces las comunidades del Caribe habrían de ser identificadas desde la perspectiva del sujeto occidental moderno. No en balde, un grabado publicado en Augsburgo hacia 1497 transfiere las suposiciones de Colón al orden de la imagen visual impresa, contribuyendo, sin duda alguna, a sembrar en la mirada del sujeto occidental la

simiente del prejuicio hacia el otro. En todo caso, tal vez no resulte exagerado decir que esta representación de los indígenas del Nuevo Mundo como caníbales no hacía más que confirmar el temor expresado por los cartógrafos de la época. La interrogante acerca de qué habría de esperarles a quienes tuviesen la osadía de atravesar las aguas del Atlántico era algo en lo que coincidían las representaciones cartográficas anteriores al siglo XVI: al final del horizonte, en la región donde el sol era retenido durante doce largas horas, sólo podía haber criaturas monstruosas. ¿Y qué otra cosa podía ser un hatajo de idólatras semidesnudos capaces de sacrificar y descuartizar a sus congéneres en aras de satisfacer su vil apetito de carne humana? Los antiguos cartógrafos sólo habían errado levemente en el aspecto de tan inhumanas criaturas, pues éstas no eran exactamente peces enormes y deformes capaces de destruir una carabela de un coletazo, como el Leviatán, pero sí estaban al final del Atlántico, eso era definitivo. En el *Typus Cosmographicus Universalis* de Simon Grynaeus, mapamundi publicado en Basilea en 1532 y que es un ejemplo emblemático de cuánto se enriquecieron ciertas ramas del saber occidental gracias a la empresa colonizadora<sup>1</sup>, el hombre americano es retratado en los márgenes del orden científicamente representable. Caníbal, absolutamente entregado a la monstruosidad de sus salvajes instintos, el sujeto americano apenas podía ser útil para rellenar con su imagen y sus costumbres una viñeta con motivos exotistas.

Con el “Descubrimiento” de América todo el sistema de pensamiento humano sufrió una transformación radical; incluso a pesar de los implacables esfuerzos realizados por el Santo Oficio por silenciar toda tesis que implícitamente demostrara que durante siglos el hombre había llevado una existencia aferrada a sistemas de valores errados, la idea de cosmos basada en los principios científicos de Ptolomeo sufrió su colapso definitivo. Además, la noción misma de colonización sufrió una

<sup>1</sup> Décadas después, el *Theatrum Orbis Terrarum* (1570) del cosmógrafo real Ortelius Abraham habría de ser un ejemplo harto significativo del rigor científico que había llegado a alcanzar la cartografía hispánica en virtud del estratégico papel que el estudio de la geografía de los nuevos territorios habían adquirido a raíz de la empresa conquistadora y colonizadora iniciada por el imperio español a partir de 1492, así como por la capacitación y profesionalización obtenida por los pilotos y cosmógrafos españoles en el seno de la Casa de Contratación de Sevilla.

transformación absoluta. Así pues, para los portugueses, quienes en el siglo XV llegaron a Asia bordeando la costa africana, una colonia era un lugar cualquiera en el cual 10 ó 12 familias se asentaban con el propósito de intercambiar mercancías con los nativos del lugar. En consecuencia, su idea de colonización tenía que ver con la creación de puertos que garantizaran el control de las rutas comerciales. En cambio, en 1493, cuando los reyes de Castilla conceden a Cristóbal Colón el privilegio de comandar una flota de diecisiete naves con una tripulación de 1.200 hombres de armas, peones, caballeros, labradores, artesanos, frailes, un cosmógrafo (Juan de la Cosa) y hasta un médico cirujano, lo que estaba entrando en juego era un nuevo concepto de colonización, en el cual la posesión de la tierra y de los yacimientos de metales preciosos resultaba fundamental.

La extraordinaria transformación económica que sufriera España gracias a las riquezas provenientes de sus colonias de ultramar hizo que el Nuevo Mundo se convirtiera en el principal centro de atención de la Europa moderna. Así pues, a un siglo de la llegada de Cristóbal Colón al continente americano, las naciones europeas que habían sido excluidas de la Bula papal de Alejandro VI tenían una consciencia absoluta de la importancia que tenía disputarle a España el control que tenía sobre la región. Un personaje emblemático de esta consciencia expansionista fue sir Walter Raleigh quien, tras un viaje que lo condujera a las entrañas del Orinoco, publicara en Inglaterra **The Discovery of Guyana**. Según Demetrio Ramos, a partir de ese momento, toda Europa empezó a comprender que el favor de la historia futura *estaría en manos de quien pudiera contar con los recursos de América*. Es por eso que en 1622 un emprendedor comerciante inglés llamado Thomas Warner fundó Saint Kitts, la primera colonia británica en el archipiélago antillano. Ya en su extraordinaria **Biografía del Caribe** Germán Arciniegas señaló que las empresas colonizadoras realizadas en la región *por parte de las naciones enemigas de España no fueron proyectos de reyes sino de la burguesía*; en consecuencia, estuvieron fundamentadas sobre el principio del *Pacto colonial*, según el cual las colonias eran concebidas como proveedoras de materias primas a la vez que hacen de

mercado de la producción manufacturera de la metrópoli. Esta dinámica hizo posible el desarrollo del capitalismo comercial y del capitalismo industrial, también, sin duda alguna, hizo de la discriminación racial una realidad distintiva de la modernidad.

Toda perspectiva que actualice y transforme la estructuración social conforma el imaginario. Probablemente nada ilustre con mayor claridad los cambios experimentados por el imaginario occidental desde el siglo XVI que la connotación decididamente racial que a partir de entonces adquirió la palabra esclavo. Generalmente asociada en el mundo moderno con la palabra *negro*, la raíz etimológica de *esclavo* establece con toda claridad que en su acepción original esta palabra no tenía relación alguna con la suerte que habrían de correr millones de africanos a partir de la expansión de los imperios occidentales modernos por el archipiélago antillano. En verdad, el origen del ominoso significado de la palabra *esclavo* está relacionado con el destino que corrieron los pueblos eslavos ante las múltiples conquistas de las que fueron objeto a lo largo de su historia, aspecto este que hizo que las palabras *eslavo* y *esclavo* terminaran siendo, básicamente, sinónimos. De origen incierto, *Slovinenu* es la primera palabra de la cual se tenga noticia que fuera utilizada para hacer referencia a los eslavos como grupo étnico, a partir de allí los griegos bizantinos crearon el término *Sklábos* que más adelante pasó al latín medieval como *Sclavus*, con la acepción específica de persona bajo el dominio de otra para la cual trabaja sin recibir remuneración alguna<sup>2</sup>. A partir de aquí es fácil percibir la difusión del término a través del francés, del inglés y el español, entre otras lenguas modernas.

A mediados del siglo XV, en 1453 para ser más exactos, ocurrieron un par de acontecimientos cuya relación con la orientación que en adelante habrían de ofrecer la historia de la esclavitud salta a la vista. Por un lado, Constantinopla cayó en poder de los otomanos, lo que trajo consigo el bloqueo turco de las rutas de comercio hacia el este y,

<sup>2</sup> Los datos referentes a la etimología y la historia de la palabra *esclavo* que me han permitido desarrollar esta idea los he tomado del *Dictionary of Word Origins* (1993) de John Ayto.

por consiguiente, la interrupción del flujo de esclavos proveniente del Mediterráneo oriental y de los alrededores del Mar Negro. Es por eso que los portugueses empezaron a tomar esclavos a lo largo de la costa occidentales de África; posteriormente, sostiene Eric Wolf en **Europa y la gente sin historia**, holandeses franceses e ingleses no hicieron otra cosa que seguir los pasos precursores de los portugueses. Por otra parte, ese mismo año, 1453, Gomes Eannes de Azurara escribió para el rey de Portugal la **Chronica do descubrimento e conquista de Guiné**, en cuyo capítulo XVI—donde fuera utilizada la tesis bíblica que sostiene que los negros son descendientes de Cam, el hijo maldito de Noé—puede rastrearse *el inicio de la filosofía de los conquistadores tocante a la trata negrera*, según Fernando Ortiz. Años más tarde, Juan de Torquemada en su **Monarquía indiana** continuaría señalando a la maldición de Noé como la causa del color de la piel de los negros, consagrando así el origen de la desigualdad racial como una imposición divina. Sin duda alguna, la **Historia** de Gomes Eannes de Azurara y el texto del Gran Inquisidor contribuyeron a consolidar una perspectiva cultural según la cual el color de la piel es percibido como *un signo inerradicable de diferencia negativa*<sup>3</sup>.

Al estar basada en un sistema religioso que había logrado compaginarse con la organización estatal, esta marca fundante contribuyó a consolidar mundialmente ese conjunto de tácticas culturales que Nietzsche ha catalogado como distintivas del cristianismo, es decir, el sentido de crueldad con respecto a los otros, el odio a los que piensan de manera diferente, la incapacidad de poder valorar de otro modo o de imaginarse un juicio contrario y, por sobre todas las cosas, la voluntad de perseguir. Así pues, en la posición asumida por el autor de la **Monarquía indiana** con respecto al rol asignado por la divina providencia a los pueblos africanos es perceptible la cantidad de estrategias de las que llegó a disponer la Iglesia para imponer recetas que debilitaran, enfer-

<sup>3</sup> La expresión es de Homi Bhabha quien, en el capítulo tercero de **El lugar de la cultura**, titulado “La otra pregunta. El estereotipo, la discriminación y el discurso del colonialismo”, realiza una exploración de la naturaleza ambivalente que posee el estereotipo colonial, ofreciendo pistas decisivas a propósito de cómo ha sido construido ideológicamente el concepto de otredad, cuál ha sido el régimen de verdad del poder colonial y cómo ha sido construido el significante de piel/raza en los regímenes de visibilidad y discursividad que han dado cabida a los estereotipos.

maran y redujeran a la condición de animales de presas a las naciones adversarias. A partir de entonces, todo, absolutamente todo, guerras, torturas y condenas, ha sido justificable siempre que el objetivo consista en alcanzar la doma y posterior “civilización” del otro.

Así pues, a partir del siglo XV, con la exploración que los portugueses realizaron de la costa occidental de África, con la expulsión de los moros de la península ibérica por parte de los españoles y con el descubrimiento de América, la fantasía colonial dio origen a una teleología cuyo fetiche ha sido el esquema epidérmico. Desde entonces, el discurso colonial llegó a basarse en un régimen de verdad en el cual las palabras **negro**, **nègre** y **nigger** se consolidaron como las nominaciones negativas por excelencia de un sistema inmutable de jerarquías que habría de extenderse mundialmente. Esta propagación de argumentos para justificar el sometimiento de los africanos en virtud de su diferencia racial hizo que la *etno-racialidad* fuera el punto de articulación fundamental del imaginario de la modernidad. Probablemente nada es más universal que la tendencia de toda comunidad a ser etnocéntrica. Independientemente de cuál sea nuestro nivel de tolerancia o nuestra amplitud de criterio, en las prácticas y costumbres de los otros siempre habrá algo extraño, desagradable, exótico o pintoresco. Sin embargo, el etnocentrismo moderno ha podido desarrollar y aplicar un sistema discursivo y unas estrategias de poder que le han permitido consolidarse como un modelo cultural universalmente válido e incuestionable. Según Aníbal Quijano, este *modo básico de clasificación social universal de la población mundial* ha llegado a naturalizar de manera tan eficaz y perdurable las relaciones de dominación social mundiales que ha llegado a *ser más duradero y estable que el colonialismo en cuya matriz fue establecido*.

El sistema que reprodujo de forma culminante la distribución racial del trabajo al interior del capitalismo colonial moderno en el Caribe fue la plantación. Con su inclemente dinámica, la plantación aseguró la permanencia del orden racial dominante en la vida cotidiana del sujeto caribeño durante siglos. A juicio de Darcy Ribeiro, en torno a la planta-

ción se ha organizado el sistema social de los *pueblos nuevos* como un cuerpo de instituciones auxiliares, de normas, costumbres y creencias destinadas a garantizar sus condiciones de existencia y persistencia, hasta tal punto que incluso la familia, el pueblo y la nación han surgido y se han desarrollado como realidades condicionadas por la plantación... Nadie desconoce la importancia del papel que poseen las instituciones como focos modelares del perfil de las sociedades. En el caso de las afirmaciones realizadas por Darcy Ribeiro lo que genera cierto tipo de incredulidad es el hecho de considerar a la plantación como una institución. Sin embargo, son varios los autores que coinciden en afirmar que una vez instaurado el cultivo de la caña de azúcar en la región, los asentamientos coloniales debieron ser planificados en función a la dinámica inherente al ingenio azucarero. En este sentido, de suma utilidad resultaría recordar que el antropólogo brasileño Gilberto Freyre en el clásico **Casa-grande y Senzala** afirmaba que la residencia del plantador y los barracones de los negros representaban todo un sistema económico social y político en el cual la monocultura latifundaria era el eje productivo, la esclavitud constituía la fuerza de trabajo, el catolicismo familiar con culto a los muertos cimentaba el sistema religioso, la poligamia patriarcal vertebraba la vida sexual y familiar y el compadrismo era el principio fundamental del orden político. Este sistema ha trascendido toda circunstancia histórica; ni la emancipación, ni la abolición de la esclavitud, ni la supuesta transformación político-territorial más “reciente”, llámese estado socialista o departamento de ultramar, ha liberado a las poblaciones de la región de esta marca fundante. Para bien o para mal, la plantación es la institución que ha configurado la totalidad de la realidad caribeña. En ella fueron gestados los pares oposicionales que han determinado la dinámica histórico-cultural de la región, es decir, la oposición racial, la oposición religiosa, la oposición entre la cultura ilustrada y la cultura popular, la oposición lingüística, etc. La plantación hizo que las relaciones entre los amos y los esclavos fueran sumamente tensas, básicamente un conflicto entre saberes y poderes: ante el autoritarismo del plantador, el esclavo optó por la astucia, por eso logró resemantizar al panteón cristiano con sus deidades originarias y halló desahogo en la tamborera ante el rigor y la inclemencia del trabajo en la

plantación, es decir, ante las estrategias concebidas con la finalidad de garantizar la preservación de los valores impuestos por el orden colonial, en el suelo antillano siempre ha existido un sistema cultural concebido en abierta oposición al régimen de plantación. A lo largo de su existencia, ningún habitante del Caribe ha dejado de tomar posición con respecto a la plantación. Por consiguiente, en cada novela, relato, poema o canción del Caribe la herencia de la plantación subyace como trasfondo cultural.

Como vemos, familiarizarse con la historia, la literatura y la cultura del Caribe es conocer la historia secreta de la modernidad, el lado oscuro de la Ilustración, su perversa dialéctica, porque cuando los enciclopedistas franceses profesaban los principios de su ideal libertario y democrático, cuando apasionadamente hablaban de “Libertad, Igualdad y Fraternidad”, Francia encabezaba la participación activa en el tráfico esclavista hacia el Caribe, haciendo que el Siglo de las Luces, el Siglo del Enciclopedismo, fuese también la Edad de Oro de la Esclavitud. La plantación, el sistema de producción que hizo de Francia e Inglaterra naciones caracterizadas por su solvencia económica y su ejemplar dinámica democrática halló en las pequeñas islas del Caribe el territorio para su desarrollo ideal, imponiendo para su funcionamiento efectivo la simiente del racismo, uno de los problemas más perjudiciales para las sociedades contemporáneas. Los grandes héroes civilizadores de los imperios del occidente moderno, aquellos que lograron ensanchar los límites del mundo conocido, no lograron inscribir su nombre en las páginas de la historia sino mediante la práctica de una ilegitimidad: Francis Drake, tan responsable de la grandeza británica que fue honrado con el título de caballero por la reina Elizabeth Tudor, era un ladrón de mar que en una de sus empresas navales, en la cual la misma reina era accionista, logró multiplicar el valor de la inversión original al 4.000 %; Piet Heyn, navegante holandés del cual probablemente se haya derivado la leyenda del pirata “pata de palo”, se convirtió en héroe nacional para Holanda después de haber capturado la Flota de la Plata, hazaña que le reportó la extraordinaria ganancia de diecinueve millones y medio de florines; la grandeza del reinado de Francisco I, que halló su

equivalente estético en la imaginación de Rabelais, tuvo su origen en la suculenta tajada que el corsario Giovanni Verrazano le quitara a la flota que transportaba el tesoro que Hernán Cortés había obtenido tras la conquista de México... Por atesorar en sus entrañas la secreta cartografía del mundo moderno, es decir, la manera como el saber y el poder se dieron la mano para producir la primera globalización, el Caribe es un mar con un pasado y un presente que ha merecido la prosa y la pasión de Germán Arciniégas, Juan Bosch, Eric Williams y Antonio Benítez Rojo, y, sin embargo, que exige una y otra vez nuestra atención porque en cada una de sus olas puede escucharse el rumor de la Historia comenzando nuevamente.

Con sus 3.726 kilómetros de costa, los 1.150 Km<sup>2</sup> del estado Nueva Esparta y ese conjunto de aproximadamente 310 islas, islotes, cayos y rocas dispersos por el mar Caribe que conforman sus dependencias federales, Venezuela ostenta un status indiscutible de país caribeño, de ahí que esté llamada a ser un territorio particularmente fecundo para el estudio de la literatura y la cultura de dicha región. Con este número de **Contexto** se ha podido confirmar una vez más cuán profusa, densa, fecunda y variada puede llegar a ser toda exploración o aproximación que se haga de la realidad caribeña desde el territorio venezolano. Ninguno de los textos que conforman el presente número han surgido de la nada; de una u otra forma están aquí como muestra puntual de la existencia de una continuidad de vínculos académicos entre estudiantes e investigadores venezolanos con importantes especialistas de la región. Así pues, las contribuciones realizadas por Kenneth Ramchand, Ramón Mansoor, Michael Dash, Marie-Agnès Sorieau, Mayuli Morales y Duanel Díaz son un ejemplo puntal del interés y el entusiasmo demostrado por académicos extranjeros cuando supieron de este proyecto que, entre otras cosas, les permite entrar en diálogo no sólo con el público venezolano sino con el hispanoamericano (por primera vez incluso, puesto que en algunos casos se trata de autores que, a pesar de la relevancia, la trayectoria y la calidad de su trabajo, no habían sido traducidos previamente al español). Por su parte, las contribuciones de Álvaro Contreras, Patricia Mazeau, Alexandra Alba,

Michaëlle Ascensio y quien esto suscribe pueden ser tomadas como representativas del interés existente y el lugar que han llegado a ocupar los estudios del Caribe en la comunidad académica nacional gracias a las posibilidades de producción de conocimiento que a lo largo de unas cuantas décadas ha brindado el sistema universitario venezolano a sus beneficiarios, ya sea a través de la plataforma que ofrecen los centros de Investigación o mediante los programas de estudios especializados, como el que ofrece la Maestría en literatura latinoamericana y del Caribe. Como vemos, una vez más **Contexto** ha sido el instrumento que nos ha hecho posible vislumbrar la profunda vertiente caribeña que conforma la realidad venezolana. De todo esto, por cierto, hay que agradecer a la Dra. Bettina Pacheco por habernos dado la oportunidad de realizar este proyecto.

*Arnaldo E. Valero*  
*Mérida, marzo de 2005*